



DEJARNOS MIRAR
POR GUADALUPE

UPAEP

Emilio José Baños Ardavín, Rector.

Jorge Medina Delgadillo, Vicerrector de Investigación.

Mariano Sánchez Cuevas, Vicerrector Académico.

Luis Fernando Roldán de la Tejera, Director de Formación, Cultura y Liderazgo.

Javier Taboada, Director Editorial.

DEJARNOS MIRAR POR GUADALUPE

Primera edición, 2024.

D.R. © Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla.

21 Sur 1103, Barrio de Santiago, Puebla, Puebla, 72410.

editorial@upaep.mx

Diseño: Iris Arlett Pavón Luna

Adecuaciones: Agustín Romero

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita de los titulares del copyright.

ISBN: 978-607-8631-84-1

Impreso en México

DEJARNOS MIRAR POR GUADALUPE

Nihil obstat:

Mons. Víctor Sánchez Espinosa

ARZOBISPO DE PUEBLA

ÍNDICE



Después de diez años de combate
pág. 8



en medio de luces y sombras
pág. 12



en 1531
pág. 16



Nuestra Madre
pág. 20



dio un mensaje
pág. 26



a uno de sus hijos amados
pág. 32



y este mensaje es aún vigente
pág. 38



y sus palabras aún consuelan
pág. 42



y su preciosa imagen
sigue siendo fuente de paz
pág. 46

LOS SÍMBOLOS Y SUS SIGNIFICADOS



En las redes



Líderes que cambiaron al mundo



Una pizca de cultura



Después de diez años de combate...

Muchos indígenas de México se sentían desterrados en su propia tierra, luego del imprevisible arribo de extraños a su territorio. Su corazón estaba angustiado: la guerra había anidado desde dentro y toda su existencia, tocada profundamente, sentía la desorientación de un porvenir incierto.

En medio de esta pérdida de sentido personal y comunitario, **nació un anhelo profundo de paz**, el deseo de que las tinieblas, cada vez más espesas, fueran sorprendidas por un resplandor, por una luz que iluminara nuevamente todo (Cfr. Is 9, 1), dejando a la vista la belleza de las flores y convocando al canto de las aves.

Había poca esperanza de que el propio corazón sanara, de que la tierra sanara, de que la comunidad sanara. Hacía diez años del arribo de los españoles al territorio del maíz y la calabaza, del frijol y el chile.

En ese tiempo, el poderoso imperio mexica, que también provocó sufrimiento a todos los pueblos sojuzgados de la región, conoció el mismo temor, desolación e impotencia que hizo sentir a sus antiguos vasallos.

Diez años hacía que la flecha y el escudo habían descansado; la paz que se vivía era la paz de la derrota y la rendición. En el imaginario de aquellos pueblos, sus divinidades habían perdido ante fuerzas más poderosas.



En los coloquios sostenidos entre los sacerdotes nativos y los sacerdotes católicos, aquéllos explicaban que sus **dioses habían muerto**, que continuar la lucha era inútil, que aceptaban el oscuro destino de la muerte o la esclavitud.

En ese tiempo, sin embargo, algo estaba a punto de suceder; algo que cambiaría, en el curso de los años, el destino de aquel pueblo.



franciscus 

Que la Virgen María nos ayude a dar el primer paso cada día para construir la paz en el amor, la justicia y la verdad.





en medio de luces y sombras...

En esos diez años, no todo fue oscuridad y derrota para los pueblos indígenas.

La llegada de los españoles fue vista, por muchas de estas naciones, como el cumplimiento de sus profecías, la ocasión para liberarse del yugo mexica que, con sus guerras floridas, sus innumerables sacrificios humanos y sus tributos, puso de rodillas a los habitantes de Cempoala, Quiahuiztlán, Huatusco, Texcoco, Chalco, Coyolapan, Xochimilco, Azcapotzalco y un largo etcétera. Cientos de miles unieron sus fuerzas a una esperanza venida del Golfo: esperanza blanca y barbada.

Pero el arribo de los españoles no sólo avivó la emancipación de más de cuatrocientos pueblos, también trajo la fe.

Grandes predicadores, hombres de ciencia y letras, auténticos custodios y defensores de indios venían en las mismas barcas que los intrépidos aventureros, los estrategas militares y también, lamentablemente, al lado de amantes del oro y amigos de la opresión. Como dice San Pablo (2 Cor 4,7), portamos tesoros en vasijas de barro. **Así llegó la fe a América, en medio de luces y sombras.**

Pedro de Gante, Juan de Tecto, Bernardino de Sahagún, Antonio de Montesinos, Bartolomé de las Casas, Martín de Valencia, Toribio de Benavente, Julián Garcés... y cuántos más se contarán entre los grandes evangelizadores, auténticos defensores de indios, quienes aquilataron la cultura, la lengua, la medicina y la ciencia de nuestros antepasados, y las supieron enriquecer con lo mejor de las letras, las ciencias y la tecnología europea del momento.



Tan sólo una década después de finalizada la conquista, se produjo un evento crucial en nuestra historia: la extensa laguna conocida como Meztliapán (o laguna de México) aún perduraba y, en su corazón, se erigió la nueva capital sobre las ruinas de Tenochtitlán, brindando un motivo de alegría.

descubre más



guadalupe.upaep.mx

Muchos de ellos denunciaron, ante la Corona de España, los atropellos e injusticias que algunos conquistadores hicieron en suelo americano. Muchos de ellos fueron voz de los sin voz.





en 1531...

En tal ambiente **aconteció la revelación** de un corazón materno que ama y busca a sus hijos desamparados, trayéndoles un manantial tan vivo que es capaz de transformar los desiertos en abundancia de plantas y ríos. Este corazón pertenecía a la Madre del verdadero Dios por quien se vive. Ese corazón mostró a Cristo en suelo mexicano para que así, sobre los que vivían en las oscuras regiones de la muerte, se levantara una gran luz (Cf. Mt 4,16).



Cuatlahuatzin, que significa “el grito del águila”, o poéticamente: “el que habla como águila”, fue bautizado con el nombre de Juan Diego.

En el humilde Tepeyac, que significa ‘en la nariz del cerro’, Santa María de Guadalupe, se apareció al indio Juan Diego. En ese suelo de salitre y pedregal, brotaron milagrosamente las flores más bellas de la historia; en Tepeyac se dio un mensaje de amor y de ternura, de compasión y de esperanza.

Una Madre que de nuevo nos invitaba a seguir a Cristo con estas palabras:

hagan todo lo que él les diga (Jn 2, 4).

Así como María, recién embarazada, visitó las montañas de Judá para ayudar a su prima Isabel —quien al verla se llenó de alegría (cf. Lc 1, 39-45)—, así también, en un nuevo monte, nos visitó la llena de gracia, mostrándose de nuevo encinta, de nuevo preocupada por la suerte de quienes ama, de nuevo con un mensaje de amor.

El sábado 9 de diciembre de 1531, se apareció en dos ocasiones a Juan Diego. El domingo 10, una vez. El lunes 11, como se sabe por los relatos, Juan Diego cuidó de su tío todo el día. El martes 12 de diciembre la Virgen se apareció dos veces a Juan Diego, y en la segunda, dejó milagrosamente estampada su imagen, asombrando al Obispo de aquel entonces, Fray Juan de Zumárraga, y a todos los que, después de él, la hemos visto y nos hemos dejado ver por Ella.



Yo, personalmente, la siempre Virgen Santa María, yo, que soy la Madre de Dios, te envío a ti como mi mensajero.

(Nican Mopohua, 62)



Nuestra Madre...



Sobre el surco del llanto, sus ojos,
sobre el hambre de Madre, su amor;
sus dos manos, un viento de rezos,
en la noche de América, sol.

(Himno de Vísperas de la solemnidad
de nuestra Señora de Guadalupe)

La Virgen de Guadalupe es el compendio de nuestra Patria. Ella es la lámpara que ilumina nuestra identidad, el ave que nos lleva hacia lo alto. María de Guadalupe es nuestra Madre.

Mirando su corazón descubrimos su amor por nosotros, el afecto que arde en Ella por cada uno de los hijos de la nación mexicana, y contemplando su tierna imagen descubrimos que María es:

La Señora que desciende: Desde el principio fue considerada como Reina celestial por Juan Diego. Esta noble Señora descendió hasta el humilde cerro del Tepeyac, hasta las assoladas tierras mexicanas y sigue descendiendo hasta el terreno de nuestros corazones, a veces áridos e indiferentes.

La primera evangelizadora: María de Guadalupe nos enseña a adorar a Dios que es nuestro auxilio y nuestra salvación. Ella tiene la misión de llevarnos al encuentro con Cristo.

La Madre que acaricia: Sus palabras son un sereno aliento, una brisa suave que nos envuelve. Cuando la oímos hablar, sentimos que la ternura de su semblante cobija nuestro corazón y lo protege.

La Virgen morena: María es tan cercana que no se contenta con bajar hasta nosotros, sino que se hace una de nosotros, se vuelve cercana en todo sentido. Ella es la gloria de nuestro pueblo, la que comprende sus dolores y la opresión que ha sufrido.

La Mujer que alienta: Guadalupe impulsa a Juan Diego, confía en él. Tanto a Juan Diego como a Juan Bernardino, después de curarlo, los invita a ser protagonistas de una apasionante misión. El amor de María no sustituye nuestra libertad, al contrario, la acrecienta.

La Madre comprensiva: Ella acoge nuestros dolores y angustias: no menosprecia nuestros problemas y ofrece su calidez e intercesión para sembrar el bien en nuestras vicisitudes y encrucijadas de cada día.

La Madre silenciosa: Apareciéndose al humilde San Juan Diego, lo envía para que su mensaje se escuche a través de sus palabras, pues, como Madre silenciosa, hace que sus hijos crezcan al encomendarles grandes tareas que no se adjudica a sí misma.

La Madre generosa: Tras pedir audacia en el cumplimiento de la misión, María paga con creces cada uno de los esfuerzos y la dedicación de quien se empeña en serle fiel. Pide una casita sagrada, pero Ella misma se hace casita sagrada y refugio seguro para cada todos nosotros.

Que el corazón no se turbe por el mal que acecha, que no se preocupe desmedidamente por el futuro incierto de la vida. Busquemos en Guadalupe el descanso y veamos, en Ella, a la Madre que cura con delicadeza los dolores de sus hijos.



La Santísima Virgen María de Guadalupe es el águila que nos lleva a Dios, es el lugar donde somos consolados, es Aquella donde podemos reclinar la cabeza. Ella es casa, es santuario; es el manantial cuyas aguas nunca faltan, la que transforma nuestros desiertos en jardines floridos, como lo hizo en el Tepeyac, y la que hace brotar fuentes de las rocas; la que da vida en medio de la dureza y el desconcierto.

¡Confíemos en Ella!



*Aunque camine por cañadas oscuras,
nada temo, porque tú vas conmigo.*

(Sal 23, 4)



dio un mensaje...

*Mucho quiero, mucho deseo,
que se levante aquí mi casita sagrada.*

(Nican Mopohua, 26)

La Virgen de Guadalupe se manifiesta y habla. Su mensaje es una encomienda: construir una casita sagrada (noteocaltzin). ¿Qué es lo quiso decir nuestra Madre al hablar de 'casita sagrada'?

¿Acaso se refería a nuestras mismas personas, a ser templos de Dios, casas donde Dios mora desde el interior? Despertemos, pues, y acojamos el mensaje haciendo de nosotros templos dignos, moradas donde Dios desee vivir (Cf. 1 Cor 3, 16). Usemos nuestros cuerpos para el bien y que todo nuestro espíritu se regocije en este Señor tan bueno.



Si nosotros somos la casita sagrada, lugar donde se espera encontrar el consuelo y el amor de Dios, ¿no acaso se amplía el horizonte de nuestra misión en el mundo con tal dignidad? Portando a Dios seremos constructores de una civilización que libere al mundo de su cerrazón y lo abra a la posibilidad de una existencia plena y con sentido. Construir el mundo significará abrirlo a Dios.

¿O acaso se refería a las **familias mexicanas**, para que fueran el santuario donde el Dios vivo, el Dios que es comunidad, manifestara su fuerza vivificante? Tendríamos, entonces, que trabajar por hacer del seno familiar un ambiente donde se realice verdaderamente el amor mutuo y donde se enseñe la entrega desinteresada. Donde haya unidad que no menoscabe la personalidad de cada uno, y donde cese la violencia que lastima y degrada la dignidad de las personas.

¿O la casita sagrada sería, más bien, **la sociedad que deseaba la Virgen**? Un lugar donde se velara por el bien de cada uno, donde los más desprotegidos encontrarán amparo y los marginados se sintieran escuchados y acompañados. De ser así, toda la estructura política, económica y social tendría que promover y posibilitar la realización del bien común, construido por todos y para todos.

En esta casita se fomentaría la **educación integral**, la cultura del encuentro y sería el lugar de los artesanos de la paz, aquellos que obran el bien. En ella vivirían profesionistas competentes y audaces, que trabajarían por el desarrollo humano y la prosperidad de sus pueblos, por la justicia social y la integración de los más vulnerables.

¿O sería **la Iglesia**, portadora del mensaje divino y es continuadora de la misión salvífica? Si así fuera, desde los pastores hasta los fieles laicos, todos serían el germen de la nueva humanidad que resida en el seno de nuestra Madre de Guadalupe; los forjadores de la civilización del amor, de la que tanta sed tiene el mundo.

¿O sería, en fin, **todo el planeta Tierra, nuestra casa común**, lugar donde la gloria de Dios es manifestada? Si así es, trabajemos por mantener la belleza de cada creatura, pues Dios no aborrece nada de lo que creó. Sirvamos como administradores de las grandezas de Dios, como los custodios de las obras de sus manos, sabiendo que responderemos al Creador sobre el modo en que construimos una tierra con un rostro más bello, que mejor manifieste a su Hacedor.

Es evidente que la Morenita pedía una casita en el Tepeyac, pero esta casita es el símbolo de lo que cada uno está llamado a construir, desde las condiciones y posibilidades de su propia vocación. En San Juan Diego estábamos todos los habitantes de este continente americano, así como en su momento en San Juan Apóstol, al pie de la Cruz, estábamos todos los creyentes.

descubre más



guadalupe.upaep.mx



Tepicac, un nombre de origen náhuatl, se traduce directamente como "en la nariz del cerro", según lo registrado por Alonso de Durán en 1579. Este término hace referencia al saliente frontal de tres colinas más pequeñas que componen el Cerro del Guerrero.

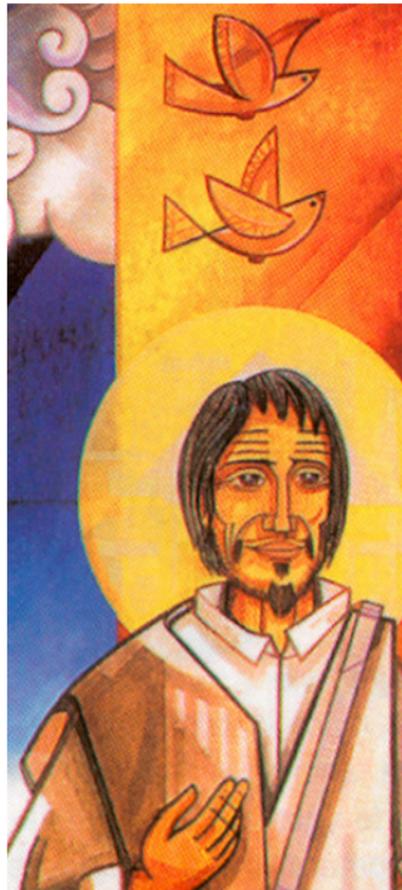




a uno de sus hijos amados...

En su evangelio, San Juan se pone a sí mismo como el discípulo amado, con la intención de que todos, en cierta manera, nos identificáramos con él, como amados de Jesús. En este San Juan mexicano, en Juan Dieguito, amado de María Santísima, la Madre ve a todos sus amados hijos de esta tierra.

¡Ojalá la Virgen vea aquellas virtudes que adornaban a San Juan Diego en nosotros! ¡Cómo nos dignifica ser tratados con el mismo afecto maternal y ser enviados a la gran misión por la Reina del Cielo!



Para eso es importante contemplar a Juan Diego, para descubrir en él al verdadero guadalupano:



Corazón levantado al estupor: él se asombra y se admira, levanta su corazón hacia lo alto. Con esto vence la propia cerrazón y la incapacidad de mirar al horizonte.

Corazón diligente: San Juan Diego es presto en cumplir el aliento venerable, el encargo de la Virgen. Es responsable de llevar a cabo —con prontitud— aquello que le fue encomendado. Con esto vence la pereza de quien quiere evitar el esfuerzo en la vida o del que cree que la solución vendrá al margen de la propia libertad y de una buena dosis de valentía.

Corazón generoso y sincero: comunicando fielmente el mensaje recibido, Juan Diego se compromete por entero a que no sólo sea escuchada la palabra de María, sino que —además— sea acogida y realizada. Con esto supera el individualismo egoísta, que sólo busca cumplir los propios sueños.

Corazón humilde: Juan Diego reconoce su pequeñez ante la magnificencia de la Señora celestial, su fragilidad al conducir, y su necesidad de ser conducido. Nosotros necesitamos de los demás para salir del sinsentido que a veces invade nuestra vida. Nadie se salva solo. Con esto vence la engañosa pretensión de ser autosuficientes.

Corazón ardiente: deseando a Dios, San Juan Diego se aventura por los montes. En él descubrimos que nosotros no sólo tenemos sed y hambre de Dios, sino que somos sed y hambre de Dios. En medio de esta viva necesidad, aconteció la venerable presencia de María, cuyo manantial vivo nos ofrece el agua de Cristo y en cuyo vientre reside nuestro verdadero alimento, el Pan de Vida. De esta manera vence la tentación de la frialdad y el tedio.

Corazón paciente: el bien se siembra, pero debemos esperar la cosecha. San Juan Diego supo esperar, a pesar de tantas dificultades que tuvo que enfrentar. Pero, al final, el bien siempre triunfa; de esta manera vence la tentación de la desesperanza y la desilusión.

Corazón que se abandona: Como Juan Diego, estamos en el hueco del manto de la Virgen; en su rebozo, en el cruce de sus manos, no tenemos necesidad de otra cosa. Así se supera la soberbia y la arrogancia.

Corazón alegre: Juan Diego es un santo alegre. Al inicio, acudiendo al encuentro de la Virgen “se sentía alegre y contento por todo extremo” (Nican mopohua, 13); al final, cuando llevaba su encargo “... vino a tomar la calzada, viene derecho a México, ya viene contento, ya está calmado su corazón, porque va a salir bien, bien llevará las flores” (Nican mopohua, 143-144). San Juan Diego nunca cedió a la tentación de la tristeza y la amargura.

Corazón apostólico: El celo en la misión, la responsabilidad asumida con diligencia y fervor, impiden claudicar hasta realizar el encargo; Juan Diego sabía que la vocación y la misión de cada uno son asunto importante. Con esto vence la tentación de la religiosidad intimista e inactiva.



*Como una madre consuela a su hijo,
así yo los consolaré a ustedes.*

(Is 66, 13)



y este mensaje es aún vigente...

Nuestro mundo —y México de manera preocupante— también palidece hoy por densas oscuridades, por conflictos que opacan la paz y el orden, por la violencia desenfrenada que ha provocado muertes atroces y dolorosas. Hay hambre y pobreza por todos lados, hay duda y desconcierto, hay ideologías que polarizan cada vez más, hay indiferencia y cerrazón del corazón al dolor ajeno.

Hemos perdido la orientación hacia lo alto, pero buscamos constantemente la felicidad, encerrados en los atractivos productos que ofrece el mercado moderno: la nueva tecnología, los viajes, la moda, los cosméticos y toda clase de lujos imaginables. No sabemos lo que deseamos, ya no sentimos esa gran hambre que nos exige buscar el verdadero alimento ni esa sed que nos incita a buscar el agua viva (Cf. Jn 4, 10).

Buscamos igualmente que sane nuestro interior, que nuestras heridas sean ungidas por aquello que calmará su dolor y que nuestros gritos de angustia sean escuchados y atendidos.

Estas sombras también necesitan ser iluminadas por la ternura de una Madre capaz de amar a todos, de atender sus necesidades, de escuchar sus clamores. Necesitan un regazo donde descansar de sus pesadumbres, de sus preocupaciones y de sus tristezas. El mundo de hoy también necesita el maternal corazón de la Virgen de Guadalupe.



¡Cuánto se asemeja el momento en que se apareció Santa María en este suelo y el momento actual! ¿Por qué no acudimos a Ella para que, por su mediación, el Señor transforme nuestras vidas? ¡Cuántos efectos maravillosos trajo hace cinco siglos para cada persona, y para la sociedad en su conjunto, el Milagro del Tepeyac!

¿Acaso no tenemos hoy gran necesidad de milagros?

¡Qué vigente es la encomienda de edificar la casita sagrada donde se adore al verdadero Dios por quien se vive! ¿Cómo construimos el bien común, para que cada persona de nuestra sociedad abrace su misión y se desarrolle plenamente?



franciscus 

Madre de Dios y Madre nuestra, en tu Corazón inmaculado buscamos refugio. Imploramos misericordia, Madre de misericordia; suplicamos paz, Reina de la paz.





y sus palabras aún consuelan...

lectura completa



guadalupe.upaep.mx

Leer el *Nican mopohua*, relato de extrema belleza donde se narra el Acontecimiento Guadalupano, es acceder a las raíces de nuestra identidad y a las fuentes inagotables de nuestra esperanza. Así, no sólo es memoria del pasado, sino también consuelo para el presente y rumbo para el futuro. Su lectura es fundamental para todo mexicano.

El *Nican mopohua* contiene expresiones, llenas de afecto y ternura, que la Virgen dijo a Juan Diego, pero también nos las dice a cada uno de nosotros. Sus palabras son una 'buena nueva' que conducen a Dios.

Proponemos algunas frases para ser meditadas en nuestro corazón. Algunos pasajes son de profundo consuelo; otros, avivan nuestra esperanza; otros más son un verdadero desafío que nos invita a ser protagonistas responsables del momento histórico que nos tocó vivir.

Sábelo, ten por cierto, hijo mío, el más pequeño, que yo soy en verdad la perfecta siempre Virgen Santa María, que soy la Madre del verdadero Dios por quien se vive, el Creador de las personas, el Dueño de la cercanía y de la inmediación, el Dueño del cielo, el Dueño de la tierra. Mucho quiero, mucho deseo, que aquí me levanten mi casita sagrada, en donde lo mostraré, lo ensalzaré al ponerlo de manifiesto, lo entregaré a las gentes en todo mi amor personal.

(nn. 26-28)

Porque, en verdad, soy vuestra madre compasiva, tuya y de todos los hombres que viven juntos en esta tierra, y también de todas las demás variadas estirpes de hombres, los que me amen; los que me llamen, los que me busquen, los que confíen en mí.

(nn. 29-31)

Porque ahí, en verdad, escucharé su llanto, su tristeza, para remediar, para curar todas sus diferentes penas, sus miserias, sus dolores.

(n. 32)

Anda, haz lo que esté de tu parte.

(n. 37)

Escucha, tú, el más pequeño de mis hijos, ten por cierto que no son escasos mis servidores, mis mensajeros, a quien encargue que lleven mi aliento, mi palabra, para que efectúen mi voluntad; pero es necesario que tú, personalmente, vayas, ruegues, que por tu intercesión se realice, se lleve a efecto mi querer, mi voluntad.

(nn. 58-59)

Yo, personalmente, la siempre Virgen Santa María, yo, que soy la Madre de Dios, te envió a ti como mi mensajero.

(n. 62)

Sábetete, hijito mío, que yo te pagaré tu cuidado y el trabajo y cansancio que por mí has prodigado.

(n. 92)

Hijo mío el más pequeño ¿qué pasa?, ¿a dónde vas, a dónde te diriges?

(n. 107)

Escucha, ponlo en tu corazón, Hijo mío el menor, que no es nada lo que te espantó, lo que te afligió; que no se perturbe tu rostro, tu corazón.

(n. 118)

¿No estoy yo aquí que soy tu madre? ¿No estás bajo mi sombra y resguardo? ¿No soy yo la fuente de tu alegría? ¿No estás en el hueco de mi manto, en el cruce de mis brazos? ¿Acaso tienes necesidad de alguna otra cosa?

(n. 119)

Sube, tú el más pequeño de mis hijos, a la cumbre del cerrito.

(n. 125)

Hijo mío, el más pequeño, estas diversas flores son la prueba, la señal que llevarás al Obispo; de mi parte le dirás que vea en ellas mi deseo y que por ello realice mi querer, mi voluntad; y tú, tú que eres mi mensajero, en ti absolutamente se deposita la confianza.

(nn. 137-139)





y su preciosa imagen sigue
siendo fuente de paz

Muchos pintores, como el célebre Miguel Cabrera (1695-1768) o insignes historiadores como Francisco Javier Clavijero (1731-1787), lo mismo que oftalmólogos y hasta científicos nacionales y extranjeros, se han maravillado de la milagrosa imagen plasmada en la tilma de Juan Diego.

Miguel Cabrera fue el pintor novohispano más reconocido de mediados del siglo XVIII. Trabajó para laicos, órdenes religiosas y clero secular. F.J. Clavijero, fue pionero en los estudios sobre nacionalismo mexicano, recuperando la memoria indígena por medio de sus investigaciones.

Contemplar la venerable imagen de Nuestra Señora ha sido siempre fuente de paz:

El rostro moreno de Nuestra Madre tiene facciones llenas de gracia, amabilidad y modestia. Raptan el corazón de cuantos la ven.

Su cabello está suelto, a la usanza de las doncellas mexicas. Estamos frente a una Virgen.

Sus mejillas están ligeramente rosadas y su boca tiene labios delgados.

Las cejas, algo arqueadas en una frente serena, son el pórtico de unos ojos vueltos hacia abajo, de mirada tierna y amorosa. Estudios recientes han visto retratadas a personas en sus ojos. Tiene la cabeza un poco inclinada hacia el lado derecho y una de sus rodillas está doblada, con lo cual manifiesta que quiere acercarse para escuchar a su hijo.

Sus manos están alzadas y juntas sobre el pecho, en acto de oración.

De sus manos cuelga una cinta color marrón oscuro, símbolo de las mujeres embarazadas. Estamos viendo a una Madre.

Debajo de tal cinta, a la altura de su vientre, se observa dibujado en su manto una flor de cuatro pétalos (nahui ollin) que para los mexicas significa el centro donde confluyen cielo y tierra, espacio y tiempo, que no es otro sino Cristo a quien Ella porta en sus entrañas (Cf. Lc 1, 42).

Tiene una túnica rosa cubierta por un elegante manto verde, adornado por cuarentaiséis estrellas y por bellas flores, y el sol aparece a sus espaldas entre nubes, y la luna a sus pies. Tal como en la Sagrada Escritura se profetiza la “gran señal” (Ap 12, 1-2).

El nombre de nuestro país, México, proviene de tres voces en náhuatl: metztli (luna), xictli (ombligo o centro) y co (lugar): 'el lugar que está en el centro de la luna' o simplemente 'en el centro de la luna'. Curiosamente, Nuestra Madre está de pie en el centro de la luna: Ella es el fundamento de nuestra identidad.



Si volvemos la mirada a Guadalupe, los mexicanos podremos recuperar la conciencia de nuestra valía, la seguridad de sabernos acompañados en la vida y la urgencia de colaborar en una misión trascendente.

Consagración

Señor Jesucristo, Rey del Universo, venimos a postrarnos ante tu Divina Majestad para consagrarle nuestra Institución y ponerla a tu servicio. Te entregamos todo lo que le es propio: sus errores y logros; sus carencias y proyectos; sus retos y debilidades. Ponemos en tus manos la misión que nos has encomendado realizar, pues *sin ti nada podemos hacer* (cf. Jn 15,5).

Venimos impulsados por tus palabras en la Cruz por las que nos entregaste a tu Madre para hacernos también hijos suyos: *Mujer he aquí a tu hijo. Hijo, he aquí a tu Madre* (Cf. Jn 19, 26-27). Sabemos que María, en cumplimiento de estas palabras, nos interpela con energía, pero cariñosamente al decirnos como al bienaventurado San Juan Diego: *¿No estoy yo aquí que soy tu madre? ¿No estás bajo mi sombra y resguardo? ¿No soy yo la fuente de tu alegría? ¿No estás en el hueco de mi manto, en el cruce de mis brazos? ¿Acaso tienes necesidad de alguna otra cosa?* (Nican Mopohua, 119). Queremos responderle consagrándonos también a su Inmaculado Corazón y como lo hiciera el Papa San Juan Pablo II, le decimos humildemente: *Totus tuus Maria, ego sum, et omnia mea tua sunt* (soy todo tuyo María y todo lo mío es tuyo).

Virgen Prudentísima, conduce nuestra Universidad según los designios de la voluntad de tu Hijo Jesucristo y no según nuestros planes y débil voluntad. Tú que eres Trono de la Sabiduría y Esposa del Espíritu Santo, alcánzanos sus dones y guíanos a la Verdad en todas las circunstancias de la vida para iluminar con ella nuestros pasos y los de los que se confían a nosotros.

Siempre Virgen María, Madre de Guadalupe, queremos ofrecernos como instrumento que en tus manos sirva para la Evangelización de la Cultura y para la construcción de la Civilización de la Justicia y de la Paz, de la Verdad y del Amor, que son las obras que tú preparas para construir el Reino de tu Hijo Jesucristo.

Amén.



Oración a la Virgen de Guadalupe

Ante ti, María, Reina, Madre de Dios y de la Iglesia, reiteramos nuestra posición intransigente frente al error y el pecado, y sabiéndote medianera de todas las gracias, imploramos intercedas ante Dios Providente para alcanzar la fortaleza y constancia que nos son necesarias como instrumento de tu causa.

Virgen del Tepeyac, ayúdanos a imitar tus virtudes para contrarrestar nuestras flaquezas, mantén firme nuestra vocación, protégenos en la lucha y guía nuestros pasos en la defensa de la fe para colaborar en el reinado de Jesucristo en todo el mundo, pues esta es una empresa de santos y tu divino hijo ha escogido pecadores.

Amén.

(compuesta por el Mtro. Víctor Manuel Sánchez,
profesor emérito de la UPAEP, 1939-2021).

Palabras del Santo Padre

“Mirar la Guadalupana es recordar que la visita del Señor pasa siempre por medio de aquellos que logran «hacer carne» su Palabra, que buscan encarnar la vida de Dios en sus entrañas, volviéndose signos vivos de su misericordia.

[...] María, porque creyó, amó; porque es sierva del Señor y sierva de sus hermanos. Celebrar la memoria de María es celebrar que nosotros, al igual que Ella, estamos invitados a salir e ir al encuentro de los demás con su misma mirada, con sus mismas entrañas de misericordia, con sus mismos gestos. Contemplarla es sentir la fuerte invitación a imitar su fe. Su presencia nos lleva a la reconciliación.

[...] No tengamos miedo de salir a mirar a los demás con su misma mirada. Una mirada que nos hace hermanos. Lo hacemos porque, al igual que Juan Diego, sabemos que aquí está nuestra madre, sabemos que estamos bajo su sombra y su resguardo, que es la fuente de nuestra alegría, que estamos en el cruce de sus brazos.”



Papa Francisco

Festividad de Nuestra Señora de Guadalupe, 12/XII/2016.

DEJARNOS MIRAR POR GUADALUPE
se publicó en su versión digital
en mayo del 2024
en Puebla, Puebla.



El sitio
guadalupe.upaep.mx
fue ideado y desarrollado por
Giovanni De Simone Maimone y por Alejandro Campos Vicuña.



EDITORIAL
UPAEP